



MERCEDES COMELLAS (COORD.)

Literatura para construir la nación

Estudios sobre
historiografía literaria
en España
(1779-1850)



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

LITERATURA PARA CONSTRUIR LA NACIÓN
Estudios sobre historiografía literaria en España
(1779-1850)

LITERATURA
PARA CONSTRUIR LA NACIÓN
Estudios sobre historiografía literaria en España
(1779-1850)

Mercedes Comellas (coord.)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Mercedes Comellas Aguirrezábal (coord.)
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2023

La edición de este libro ha sido parcialmente financiada por el proyecto de investigación SILEM II, Plan Estatal de I+D+i, RTI2018-095664-B-C22.

Colección Humanidades, n.º 191
Director de la colección: Juan Carlos Ara Torralba

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Humanidades de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN 978-84-1340-672-5

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 2057-2023



El pintor Marceliano Santa María ante su lienzo *El triunfo de la Santa Cruz en la batalla de las Navas de Tolosa* (Archivo Municipal de Burgos. Fondo Juan Antonio Cortés)

LECCIONES DE ALCALÁ GALIANO EN EL ATENEO DE MADRID. UNA MIRADA CULTURAL A LA LITERATURA EUROPEA DEL SIGLO XVIII

Raquel Sánchez
(Universidad Complutense de Madrid)

Antonio Alcalá Galiano es conocido sobre todo por su actividad política durante los reinados de Fernando VII y de Isabel II. Durante su juventud, como conspirador y exiliado; en su madurez, como defensor del liberalismo moderado. En el ámbito de la literatura no podemos considerarle un autor relevante, aunque escribió varios textos poéticos y autobiográficos. Entre los primeros habría que mencionar algunos poemas escritos durante su época de exiliado y en memoria de uno de sus hijos, fallecido a temprana edad, así como los romances satíricos que figuran en el periódico *El Belén* (publicado por el marqués de Molins en las Navidades de 1857) y su colaboración al *Romancero de la guerra de África* (1860). Sus escritos autobiográficos han recibido cierta atención por parte de los historiadores por su interés para conocer las primeras décadas del siglo XIX (Alcalá Galiano, 1865, 1878 y 1886). Sin embargo, la intención del autor al escribirlos no fue buscar un lugar en el panteón literario de su época sino, por un lado, justificar su trayectoria política y, por otro, construir un relato a través del que explicar a sus contemporáneos las dificultades del proyecto político liberal durante el reinado de Fernando VII. Además, y como una buena parte de sus contemporáneos, compartió la pasión política con la literaria, aunque, en su caso, desde la mirada del crítico. Su aportación más conocida a este respecto fueron sus lecciones sobre literatura del siglo XVIII porque condensan sus reflexiones acerca de esta cuestión, pero escribió

muchos trabajos sobre autores de distintas épocas, así como numerosas observaciones sobre la literatura y los literatos de su tiempo.¹

Estas lecciones han interesado mucho a los especialistas porque aportan una visión transversal de la literatura europea del siglo XVIII. En las páginas que siguen se llevará a cabo un análisis de las mismas que priorizará las herramientas metodológicas de las que se sirvió el autor para diseccionar un momento histórico que consideraba fundamental en la evolución humana. Las lecciones, además de un estudio desde la crítica literaria, permiten un abordaje desde la perspectiva de la sociología de la cultura, y eso es lo que el lector encontrará aquí. Se comenzará por ubicar las lecciones en el contexto biográfico e intelectual en el que fueron pronunciadas, para pasar después a explicar las bases sobre las que se funda la explicación que da Alcalá Galiano al proceso de conformación de las literaturas nacionales. Posteriormente, se estudiarán cuestiones como las dualidades entre clasicismo y casticismo, por un lado, y hegemonía y dependencia cultural, por otro; los trasvases culturales; el papel de los genios y de los autores secundarios en la definición del campo literario; la relación entre género literario y sociedad; y, finalmente, se llevará a cabo una breve descripción de la mirada que proyecta el autor sobre la literatura española en este periodo en función de los criterios analíticos anteriormente mencionados. El objetivo, en última instancia, es calibrar la aportación de Galiano a la historiografía literaria de su tiempo.

Lecciones de literatura en el Ateneo de Madrid

En 1844 Alcalá Galiano impartió una serie de veintiséis conferencias en el Ateneo de Madrid acerca de las literaturas italiana, inglesa, francesa y española durante el siglo XVIII. El curso alcanzó una buena acogida (*El Heraldo*, 24-12-1844), por lo que se reanudó en 1846 (*El Heraldo*, 21-4-1846), se repitió entre 1848 y 1850, y de nuevo desde finales de la década de los cincuenta hasta 1861.² Las conferencias se publicaron en 1844,

1 Algunos estudios sobre su actividad crítica y literaria: García Barrón, 1970; Sebold, 1982; Sánchez, 1999; Busquets, 1997, 2002 y 2020.

2 Cánovas lo recordaba positivamente muchos años después (Cánovas del Castillo, 1884: 73-74).

primero en la *Revista de Madrid* y después en un volumen con el título de *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*.³ No era la primera vez que Alcalá Galiano intervenía en el Ateneo de Madrid, pues ya lo había hecho entre 1838 y 1843, cuando impartió sus lecciones de derecho político.⁴ Confesaba en la primera de sus disertaciones ante el público su satisfacción por encontrarse de nuevo en el Ateneo de Madrid donde, según decía, había encontrado «los momentos más dulces de mi vida». Acababa de llegar de un exilio que había comenzado con la regencia de Espartero y que terminó con la marcha del duque de la Victoria en 1843, y se incorporaba a la vida pública al inicio de una coyuntura política más favorable para los círculos políticos con los que simpatizaba.⁵

Las líneas maestras de este ciclo de conferencias vinieron inspiradas por la lectura que Galiano hizo de varios autores de lo que ha sido llamado el «círculo de Coppel», es decir, los pensadores que visitaron o vivieron durante un tiempo en la residencia de Madame de Staël en esta localidad suiza durante su exilio entre 1804 y 1815. El centro de este grupo lo constituyeron Staël y Benjamin Constant, quienes atrajeron a otros destacados intelectuales de distintas nacionalidades, como Charles Victor de Bonstetten, August Wilhelm Schlegel, Wilhelm von Humboldt, Jean de Sismondi y un largo etcétera. Alcalá Galiano llegaría a conocer a Staël en Londres durante su periodo como diplomático y, aunque le disgustaban las ideas de la escritora sobre España, basadas en los tópicos comúnmente manejados en la época, valoraba sus ensayos y, en particular, *De l'Allemagne*, porque se aproximaba a su concepción de la literatura como la manifestación de la idiosincrasia de las naciones (Sánchez, 2005: 75). Entre los escritos de este círculo que más le interesaron para sus trabajos de crítica literaria destacan los de la propia Staël, Constant, Sismondi y Villemain.⁶ En este sentido, siguió con

3 Publicado en Madrid por la Sociedad Literaria y Tipográfica en 1844. Por la información del Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español, cabe suponer que la obra se reimprimió en 1845 (<<http://catalogos.mecd.es/CCPB/cgi-cpcb/abnetopac/O12419/ID45ccfaec/NT3>>).

4 De hecho, llegó a ser presidente del Ateneo de Madrid en tres ocasiones: 1845-1847; 1849-1852 y 1862-1865. Sobre las lecciones de derecho político: Garrarena, 1974 y 1984.

5 Un repaso a su trayectoria biográfica en Sánchez, 2005.

6 Sobre la influencia y la presencia de estos autores en la obra de Alcalá Galiano: Busquets, 2002.

prudencia, no exenta de crítica, propuestas ya ensayadas en textos como *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales* (1800), de Madame de Staël; el *Esquisse d'un essai sur la littérature du XVIII^e siècle*, de Benjamin Constant; *De la littérature du Midi de l'Europe* (1829), de Sismondi, entre otros. El autor al que, como confiesa el propio Galiano, prestó más atención en sus lecciones fue François Villemain quien, en su *Cours de littérature française*, ofreció un estudio paralelo al de nuestro autor en algunas cuestiones, aunque el análisis comparativo del historiador francés sea más limitado, pues solo se ocupa de la literatura francesa, y de la inglesa en relación con aquella (Villemain, 1841, 1829).

En líneas generales, Galiano compartía la visión amplia de estos ensayistas acerca de la literatura como un producto social y reflejo de una concepción del mundo arraigada en lo nacional, entendiendo lo nacional en un sentido amplio, no solamente en el político. Uno de los principios en los que esta influencia se aprecia con más claridad es en el concepto de *perfectibilidad*, al que Galiano une la naturaleza utilitaria de la práctica y del disfrute literario, producto de las lecturas que realizó desde joven de los pensadores británicos del ámbito benthamita. Sus palabras son muy ilustrativas al respecto:

una de las cosas que al linaje humano distinguen es la comunión de afectos que solo en la sociedad se tiene y cultiva, bajo una religión, bajo un estado, bajo un gobierno, donde todos los afectos puros se subliman, donde los grandes pensamientos se elevan, y donde por fin camina el hombre a su destino, que no es otro sino el de auxiliar y hacer bien a sus semejantes y emplear sus fuerzas en favor de sí propio y de los que le rodean, perfeccionándose a sí propio al mismo tiempo. (Alcalá Galiano, 1844a: 131)

En este sentido, la escritura, como producto del quehacer humano, ha de contribuir al desarrollo de las sociedades a través de la discusión de las ideas.

A la vez, entendía que las tendencias intelectuales sobrepasaban las fronteras, generando una gran diversidad de manifestaciones culturales, producto de su mezcla con las peculiaridades de cada lengua y de cada territorio. Sin embargo, difería en algunos aspectos de varios de los ensayistas del círculo de Staël pues consideraba que, en ocasiones, estos hacían afirmaciones muy contundentes basadas en estereotipos y, según los casos, un conocimiento superficial (e incluso erróneo) de algunos de los ámbitos literarios sobre los que escribían, en particular en lo referido a la cultura es-

pañola. En cualquier caso, sus apreciaciones sobre la literatura europea se hallaban plenamente imbuidas de los principios del romanticismo desde su juventud, cuando comenzó a leer a estos autores.⁷ De hecho, en el prólogo que escribió en 1834 para *El moro expósito* de su amigo Ángel Saavedra ya había anunciado algunas de las ideas que sobre la literatura europea desarrollaría más adelante en el Ateneo de Madrid. El conferenciante maduro que impartió las lecciones en 1844 ya había procesado sus lecturas de juventud y las había puesto en relación tanto con sus experiencias vitales como con su evolución política hacia un liberalismo más conservador, envolviendo su pensamiento en un pragmatismo sociologista que también aplicó a sus análisis de la realidad política.

Planteamientos generales de las lecciones

Para comprender bien el sentido de estas lecciones o conferencias hay que prestar atención a lo que él mismo advirtió en su tercera intervención. Comenzaba el orador diciendo que no pretendía hacer una historia de la literatura en un sentido canónico. Se curaba en salud Galiano ante posibles críticas explicando que su intención al tratar el tema que le ocupaba no era abordar exhaustivamente todas las manifestaciones de la literatura europea en el siglo XVIII. Muchas eran las limitaciones para ello, se disculpaba, de ahí la especial naturaleza de este curso. Sin embargo, tal vez lo más interesante de sus explicaciones sobre las características de estas lecciones sea la elección del siglo que iba a centrar su interés. Desde la perspectiva de Alcalá Galiano, el siglo XVIII, visto a la luz de su tiempo, aparecía como uno de los grandes momentos de la historia, «la época más importante quizá en la historia del linaje humano», aclarando a continuación, «es decir, en la historia de los progresos del humano entendimiento». En todo el curso es

7 Esto ha conducido a Busquets a discrepar de otros especialistas que han situado al Galiano joven en la órbita de un neoclasicismo plagado de impulsos regeneradores (Busquets, 2002). De esta forma, su participación en la «querrela calderoniana» con José Joaquín de Mora contra Nicolás Böhl de Faber tendría una significación no tanto estética o literaria como política, por cuanto el joven y muy liberal Alcalá Galiano veía en la defensa que hizo Böhl de la obra de Calderón de la Barca una apología del absolutismo de Fernando VII. Esto es algo que él mismo confesaría posteriormente en sus memorias (Alcalá Galiano, 1955, I: 78).

perceptible la idea de que la historia de la humanidad había perseguido el progreso de forma lenta, pero continuada y, al llegar al siglo XVIII, «el entendimiento humano [sufrió] un impulso violento» (Alcalá Galiano, 1844a: 7). En líneas generales, puede decirse que participaba Galiano de una concepción muy generalizada en su época que entendía la historia como un progreso continuo, en el que también estaban incluidas, por tanto, las producciones de la inteligencia, entre ellas, la literatura. Para Alcalá Galiano, las bases del mundo moderno se hallaban en esa época precisamente porque el escenario que dejó tras de sí la demolición intelectual (y física) de viejas ideas, teorías y prejuicios sembró las bases de la modernidad. Galiano, que a la altura de 1844 era ya un hombre próximo a los círculos del liberalismo conservador, aun detestando el radicalismo filosófico y la violencia revolucionaria del siglo anterior, no podía dejar de reconocer el papel clave que ambos habían tenido en la formación del mundo en el que él mismo vivía.

El contenido del curso impartido por Galiano se centra únicamente en cuatro ámbitos: Italia, España, Francia y Gran Bretaña (a la que se menciona siempre como Inglaterra, a pesar de que también aborda la producción de varios autores escoceses).⁸ Como explica en las primeras páginas del texto, se ocupa solo de aquellas literaturas cuyas lenguas conoce, teniendo que dejar de lado a Alemania, nación que «se ha distinguido mucho a fines del siglo XVIII». De las explicaciones que da acerca de su decisión de tratar a estos cuatro países destaca un hecho significativo y que marca la tónica general de las conferencias impartidas en el Ateneo: la huella del mundo clásico en la cultura europea. El vínculo que une a estos cuatro países, dice Galiano, es su condición de «naciones latinas, de origen clásico», algo que extiende al caso inglés aclarando que «si bien la Inglaterra tiene una lengua de origen sajón, todavía esta lengua se halla de tal manera mezclada con la latina, que la civilización inglesa, conservando mucho de aquella parte sajona que forma, por decirlo así, la savia, el corazón del idioma, toma y conserva mucho del latín, y de ello se resiente más que otra parte alguna de la literatura inglesa, la literatura del siglo XVIII» (Alcalá Galiano, 1844a: 7). Por otra parte, y aunque se habla repetidamente de Europa en el texto, se

8 Un análisis detenido de cada una de estas literaturas nacionales en las *Lecciones* de Alcalá Galiano en Busquets, 1997 y 2020.

hace de forma genérica y siempre teniendo como marco de referencia la Europa occidental, espacio cultural claramente delimitado por el autor (aunque no de forma explícita) como foco central y núcleo generador de las ideas-fuerza de la civilización contemporánea: «... Europa, lo cual equivale a decir sobre todo el mundo civilizado» (Alcalá Galiano, 1844a: 167).

Otro de los elementos clave para entender las lecciones de Alcalá lo constituye su amplio concepto de lo que es «literatura» con el valor de «conocimiento de las letras humanas» que se siguió conservando en el diccionario de la RAE hasta su edición de 1884 y era todavía habitual en su época (González Alcázar, 2005; Gunia, 2008). Como otros autores, entre ellos los mencionados al inicio de este texto, Alcalá Galiano seguía trabajando sobre la base de una concepción amplia de la literatura y de ahí su esforzado intento práctico por compaginar el análisis de las obras de recreación con las de pensamiento y erudición, entendiendo todas ellas como reflejos de un mismo momento histórico y siendo, por tanto, partícipes de las mismas preocupaciones y, según los casos, de las mismas características formales. En este sentido, el análisis que se ofrece en las conferencias del Ateneo aborda la producción poética, pero también la ensayística y la historiográfica, tratando de encontrar en ellas los trazos que permiten identificar los elementos de ruptura y de estabilidad (o de continuidad) en las producciones de los países de los que se ocupa. Para Galiano, en tanto que su objetivo último era comprender ese periodo histórico, el siglo XVIII, y la impronta que dejó en sus contemporáneos, todas las manifestaciones escritas de las ideas que en aquel tiempo se debatieron, independientemente de su forma de expresión, constituían pruebas irrefutables del vigor intelectual de la época en que se gestó el mundo moderno.

Si sostener un concepto amplio de la literatura obliga a Alcalá a prestar atención a una gran diversidad de géneros, también le fuerza a no dejar de lado en su análisis el contexto histórico y social de los autores y de las obras que estudia. En buena medida, borra Galiano las fronteras entre las disciplinas académicas para concebir el pasado como un todo que debe ser analizado conjuntamente para poder entenderlo: «... la historia no debe ser solamente la exacta narración de los hechos militares y políticos, sino que debe pasar, si ha de juzgarse por lo que él ponía por título de su obra, a tratar de las costumbres y espíritu de los pueblos, de sus constituciones y de sus leyes y aun de su literatura» (Alcalá Galiano, 1844a: 86). En este sentido, estas

lecciones son algo más que un repaso de las producciones intelectuales de una época. Son una inmersión en ella, pues el conferenciante considera una necesidad comprender los ambientes en los que han surgido. Así, el resultado puede considerarse también una historia de las ideas estéticas e, incluso, una historia cultural —en sentido amplio— de los países que son objeto de su interés. Se trata de una aproximación comparativa en la que se unen la mirada hacia el pasado reciente de los países que estudia con la realidad presente, teniendo en cuenta la influencia de la religión, el sistema político, las costumbres y, por supuesto, el pensamiento. Con este enfoque contextualista de la producción intelectual pretendía Galiano aproximarse a una comprensión «total» de las circunstancias de cada uno de los países estudiados en el siglo XVIII. De ahí que, en ocasiones, recurra al término *civilización* para referirse al conjunto de caracteres que definen los perfiles sociales, políticos, religiosos y culturales de una nación.

Aparte de estas consideraciones generales acerca de las lecciones, hay que apuntar que Galiano recurre a un enfoque cronológico para explicar su materia, lo que en ocasiones resulta un tanto confuso para el lector por el carácter disperso de las observaciones que hace de los autores tratados. La línea temporal le permite mostrar un panorama comparado de la literatura de los países analizados en un periodo concreto y evidenciar, así, la relación estrecha entre los cambios en lo político y social con los avances en materia intelectual para poder evaluar el peso de determinados autores y países sobre el resto. A la vez, le facilita el estudio de la evolución de la obra de algunos autores especialmente significativos durante el siglo XVIII para ofrecer un análisis más profundo de su trabajo al situarlo en su contexto histórico y biográfico concreto porque, como dijo, «es imposible que los hombres cuando piensan, es decir, cuando escriben, no siendo el escribir otra cosa sino reducir a palabras el pensamiento, se desentiendan de la atmósfera en que viven, de la sociedad que forma o altera todas sus ideas» (Alcalá Galiano, 1844a: 12). De este modo, se nos presenta un panorama casi biológico de la evolución de los autores y de las ideas contenidas en sus obras.

Clasicismo y casticismo: dos caras de un mismo fenómeno

Como se dijo al principio, además de un curso sobre la literatura del siglo XVIII, el estudio de Alcalá Galiano puede ser también considerado un

trabajo en el que se plantean temáticas de lo que en la actualidad denominaríamos *historia social* de la cultura. Más allá del análisis cualitativo de autores y obras, a lo largo de las conferencias del Ateneo se observa cómo el autor se interroga acerca de cuestiones como la recepción, la traducción, las transferencias culturales, las escuelas literarias, la genialidad o la existencia de una esencia propia en cada una de las «civilizaciones» estudiadas, lo que le lleva a reflexionar sobre los conceptos de *clasicismo* y *casticismo*. Esta última cuestión es especialmente interesante porque sobrevuela toda la obra y porque le hace retrotraerse continuamente hacia el poso dejado por la cultura clásica en la cultura europea, no solo durante el siglo XVIII.⁹

El mundo clásico fue la base de la formación de la mayoría de los autores que estudia Galiano en su curso. Sin embargo, como él mismo dice, los escritores y filósofos no pueden olvidar «la atmósfera en que viven», por lo que toda apelación al clasicismo grecorromano no deja de ser una imitación más o menos afortunada (generalmente, menos) del estilo y carácter de una civilización lejana y ya desaparecida. En este sentido, se desprende de las palabras de Galiano que el término *clasicismo* no deja de ser un cliché que puede ser interpretado de dos formas. Una de ellas, la convencional: la referencia al mundo grecorromano. La otra, más cultural y relativa: el clasicismo es el momento en el que una cultura alcanza su máximo grado de perfección. Aquí es donde entran en juego otros elementos de su reflexión, como la evolución histórica de cada país, su estado político e intelectual y su idioma. Para Galiano constituye una regla del desarrollo cultural de los pueblos que «tras una época de autores de primera clase en que la hermosura del estilo se ostenta con severa robustez y hechiceramente sencilla, viene otra en que es menos puro y de peor gusto el alíño» (Alcalá Galiano, 1844a: 360). Es en ese momento de auge cuando nace el estilo clásico propio de ese entorno cultural, el momento en el que la composición literaria alcanza la máxima perfección de sus formas, en función del idioma y de las costumbres y mentalidad. Eso es algo que varía en cada contexto, pues

9 Durante la primera mitad del siglo XIX las reflexiones intelectuales y artísticas que toman el mundo clásico como punto de partida fueron muy habituales. Un ejemplo clásico es el famoso texto de Benjamin Constant *De la liberté des Anciens comparée à celle des Modernes* (1819). Algunos estudios sobre el peso de la cultura clásica en la época que estudian las lecciones: García de Quevedo Rama, 2002; Ayres, 2009; y Avlami, Alvar y Romero Recio (eds.), 2010.

los más perfectos modelos de composición literaria [...] hay que buscarlos en Francia en el siglo xvii reinando Luis XIV; en Italia a partir del mismo siglo y sobre todo en el xvi; en España, al acabar este y comenzar aquel; y en Inglaterra, donde clásico significa otra cosa, en la irregularidad de Shakespeare y Ben Johnson y otros reinando Isabel I o la regularidad de Milton al comenzar el reinado de Carlos II. (Alcalá Galiano, 1844a: 466)¹⁰

Ese momento cumbre, el momento clásico por excelencia de cada civilización, manifiesta de forma más clara el gusto, sabor o estilo castizo (las tres son palabras utilizadas por Galiano), «donde solo es posible encontrar lo espontáneo y lo elocuente». Lo castizo es, por tanto, la expresión de lo natural pero no necesariamente situado en una contraposición contra lo clásico, pues lo castizo es clásico cuando se manifiesta en su momento histórico más depurado o en los escritores más correctos y que utilizan la lengua y las formas expresivas del idioma de forma más genuina.¹¹ Galiano propone reformular los criterios de valoración de los autores no tanto en función de su proximidad a unos criterios objetivos de perfección y belleza como de la originalidad o novedad de sus aportaciones en su contexto histórico. Así, sugiere, por ejemplo, valorar más positivamente la obra de Tomás de Iriarte pues, a pesar de sus limitaciones, era «cuanto cabe correcto y castizo», en una época de total afrancesamiento de la cultura española. Lo mismo opina, para el caso inglés, del clérigo y político John Horne Tooke, quien sobresale por «la espontaneidad de su estilo» y «lo castizo de su dicción», «apareciendo sin menoscabo de la corrección y aun de la belleza de las formas» (Alcalá Galiano, 1844a: 201), frente a quien fue su oponente en uno de los numerosos debates de finales del siglo xviii, el anónimo Junius, autor de las conocidas cartas publicadas en el periódico *Public Advertiser* entre 1769 y 1772. Junius, imitador del estilo latino clásico, representaba, a ojos de Galiano, un claro ejemplo de la desvirtuación de la esencia de la cultura inglesa.

10 Además de por la literatura de los siglos áureos, se interesó Galiano por los romances antiguos como expresión espontánea de lo natural y lo popular: «Por fortuna hubo en España una poesía nacional, y natural de consiguiente, pues son inseparables ambas cosas» (Alcalá Galiano, 1834a: xv). Lo «nacional», una vez más, entendido en sentido cultural y no tanto en sentido político.

11 Repitió estas ideas en otros trabajos: «... la verdadera escuela clásica es la que toma ciertos principios de belleza, y luego hace en ellos variaciones y las adapta a las costumbres, a la historia, así política como literaria, y al gusto de la nación» (Alcalá Galiano, 1844c).

Todas las naciones, dirá Galiano, tienen «su carácter peculiar» que se manifiesta con mayor o menor pureza en función de otras dinámicas de mayor alcance que tienen que ver con componentes de naturaleza política pero también cultural. Sin embargo, tratar de reverdecer de forma artificial las formas de pensar y de escribir de pasados tiempos (de los tiempos «clásicos») en épocas posteriores produce obras que no responden al pensamiento del momento presente. De este modo, para Alcalá Galiano son de gran interés los debates, muy propios del siglo XVIII, alrededor de la comparación entre los antiguos y los modernos, entre los autores considerados auténticamente nacionales y los imitadores de ejemplos extranjeros o de los clásicos latinos. Estos debates reflejan la obsesión por anclar en la Antigüedad clásica el pensamiento contemporáneo como una forma de legitimar este último. En última instancia, señala, es muy difícil lograr una exitosa combinación del clasicismo griego y romano con el casticismo moderno, de ahí los desajustes que encuentra en una buena parte de los escritores y filósofos que estudia en sus lecciones. Uno de los pocos autores que, desde su punto de vista, logró alcanzar un resultado positivo fue el poeta francés André Chenier, ejecutado en 1793 por orden de Robespierre. En Chenier, nos dice Galiano, «iban hermanados el gusto clásico castizo, fundado en conocer y sentir bien las obras de la antigüedad griega y los mejores principios entre cuantos constituyen la escuela apellidada romántica en tiempos posteriores» (Alcalá Galiano, 1844a: 357). La clave de ese mestizaje que Galiano encuentra en la obra de Chenier es, pues, la sabia adaptación de las ideas y las formas clásicas a las ideas y formas contemporáneas, en su caso, del romanticismo, del que ha sido considerado uno de los primeros representantes en Francia.

El poder blando: hegemonía y dependencia cultural

Si el mundo clásico siguió siendo el marco de referencias de la cultura europea, la nación que representó el clasicismo durante esa centuria fue Francia.¹² Alcalá habla en repetidas ocasiones de «clasicismo moderno»

12 Villemain, que sostenía las mismas ideas que Alcalá Galiano a este respecto, dedicó la primera lección de su curso a explicar las razones de la superioridad cultural de Francia frente a sus países vecinos (Villemain, 1841, I: 1-30).

para aludir a la cultura francesa y a su carácter hegemónico durante el siglo XVIII. Habiendo asentado en el siglo anterior las bases políticas de su proyección internacional, la cultura francesa del XVIII era «en su clasicismo [...] una cosa nueva, parecida a la latina en ser imitadora, desemejante, porque la latina imitaba con pensamientos latinos, y la francesa con pensamientos franceses, conservando las formas clásicas pero animadas de un espíritu distinto del de los pueblos de la antigüedad» (Alcalá Galiano, 1844a: 12). En definitiva, durante el siglo XVIII Francia había conseguido sintetizar lo esencial de su carácter nacional con un elemento, también constitutivo de su esencia, lo latino, y adaptarlo a la sociedad de su tiempo. En este sentido, Galiano insistirá varias veces en sus lecciones en el vínculo que une a las naciones de lengua latina y a la manera en que ese vínculo, que es tan intrínseco a su naturaleza como la condición específica que cada una tiene como nación, facilitó los contagios culturales entre ellas. Todas tienen un sustrato común: la herencia grecorromana, sobre la que se sustentan sus diferencias nacionales pues «no debe confundirse la semejanza con la identidad» (Alcalá Galiano, 1844a: 390).¹³ La herencia grecorromana, además, es poseedora de unos caracteres transnacionales que, en el pensamiento culturalista de Alcalá Galiano, permiten compensar la fuerza de las peculiaridades territoriales y, por tanto, las limitaciones del particularismo.

La preponderancia política de Francia en el siglo XVIII se corresponde, pues, con su influencia cultural e intelectual. Aquí se hace necesario introducir otra de las dinámicas de análisis que Alcalá Galiano proyecta sobre la cultura: la relación entre la nación hegemónica y las secundarias en el ámbito intelectual. El siglo XVIII le sirve como estudio de caso de una relación desigual que se establece en términos contrapuestos: por un lado, la imitación; por otro, la reacción. Constata Galiano la fuerte huella francesa en las culturas española, italiana e inglesa, aunque la impronta dejada por esta huella difiere según el contexto, como explica en un párrafo largo, pero sumamente ilustrativo:

13 Como tantos contemporáneos, Alcalá Galiano atribuía a la Grecia antigua el carácter de civilización originaria y cuna del mundo occidental. Desde su perspectiva, Grecia habría sido la única civilización europea pura y genuina. Todas las demás, empezando por Roma, se nutrieron de su influencia y desarrollaron, a partir de ella, su propia personalidad.

Hay en cada pueblo cierto carácter peculiar, hijo de sus usos y costumbres, y hasta del clima en que habita, que impide, cuando se traslada el gusto literario de unos al de otros, que se haga la traslación sin que pronto y aun desde luego aparezcan notables alteraciones en lo trasladado. No obstante, cuando se copian unas a otras las naciones de origen latino, que además tienen una misma religión, la cual es una de las principales cosas entre cuantas forman su cultura, la traslación de que trato se hace con menos violencia, y, hecha, resulta quedar con menos mudanza. No así cuando una nación de origen germánico toma algo de otra que le tiene latino, o cuando pasan a imitar a los autores de un pueblo católico los de uno protestante. Queriendo, pues, seguir a los franceses los ingleses, lo hacían con bastante imperfección... (Alcalá Galiano, 1844a: 390)

La imperfección que Galiano encuentra en los imitadores británicos revela a sus ojos la dificultad del trasvase cultural entre entornos dispares, planteándonos unas interesantes reflexiones acerca de un fenómeno que interesa actualmente a la historiografía: la complejidad de los fenómenos de transferencia cultural (Espagne, 2007 y 2013; Werner y Zimmermann, 2003). Nos ofrece para ello interesantes ejemplos tomando el contexto literario británico. Para él, Pope y Addison, imitando el estilo francés, no consiguen alcanzar la perfección de los autores franceses, mientras que los historiadores Robertson y Gibbon, sin tener un estilo admirable, consiguieron desviarse de la imitación de lo francés, adquiriendo así una personalidad propia. Con más claridad se muestra esta dualidad entre imitación y autenticidad en el caso de la poesía. Justamente porque en poesía fue la cultura inglesa más independiente de la influencia francesa, puede decirse que es la producción poética la que con más claridad nos habla de las peculiaridades de este entorno cultural. De ahí que para Galiano el pueblo inglés sea «un pueblo poético», porque es en la poesía donde se evidencia su carácter nacional de forma más pura que en cualquier otra manifestación intelectual. De los diversos poetas de los que habla Alcalá para argumentar sus ideas con respecto a la cultura inglesa y su relación con la francesa, destacan los comentarios que dedica al poeta escocés Robert Burns, cuya obra tiene a sus ojos todos los caracteres del «gusto castizo»: la naturalidad y la espontaneidad. Alejado de los círculos eruditos, Burns, hombre de campo y poeta de talento natural, se vio libre de las constricciones de un entorno intelectual que hubiera canalizado su creatividad por los cauces de las modas culturales de la época. Utilizando el dialecto popular de su lugar de origen «ennobleció la lengua de la que se servía», distinguiéndose de otros poetas escoceses quienes, temerosos de ser acusados de localismo

(provincialismo, en palabras de Galiano), «solían pecar hasta de algo afectados» (Alcalá Galiano, 1844a: 396).

El caso más extremo de imitación por la vía de la transferencia de modelos escriturales e, incluso, de temáticas y formas del pensamiento la observa Galiano en Italia y en España. Si la influencia de Francia en Inglaterra se vio, en cierto modo, frenada por las barreras del idioma y la religión, en el caso de los dos países mediterráneos tales barreras no existían, pues el vehículo de transmisión de las ideas, el idioma, tiene un origen común. Francés, español e italiano son lenguas latinas.¹⁴ La religión, por otra parte, era la misma: el catolicismo, entendido como marco moral, independientemente de las vicisitudes y críticas al mismo por parte de los filósofos. En el siglo XVIII, nos dirá Galiano, ambas naciones, la italiana y la española, se encontraban en un estado decadente en lo cultural por derivación de su estado político. En el caso español, tras una guerra, la guerra de Sucesión, y la nueva dinastía Borbón intentando arraigarse en el país. En caso italiano, por su situación dispersa en lo político y la carencia de un proyecto articulado para sobreponerse a las limitaciones que tal situación le acarrea. Por tanto, en ambos territorios se hallaba sembrado el terreno para que la cultura francesa se proyectase firmemente, marcando de manera indeleble la producción cultural de los dos países durante todo el siglo.¹⁵ Utilizando una terminología contemporánea, los dos mecanismos de transferencia cultural a través de los que Alcalá estudia el afrancesamiento de la cultura y el pensamiento en España y en Italia son la traducción y la imitación. Para explicarlo me serviré de ejemplos italianos pues posteriormente nos dedicaremos con más detalle al análisis que realiza Galiano de la cultura española.

Trasvases culturales: la importancia de la traducción

Comienza nuestro autor su análisis diciendo que la falta principal de los autores italianos era haberse desviado del «gusto natural y antiguo de su

14 Precisamente para contraponer el influjo de lo francés en la cultura española recomendaba Alcalá Galiano el estudio de las lenguas italiana e inglesa en su discurso de ingreso en la Real Academia Española (Alcalá Galiano, 1861).

15 Se están utilizando aquí los términos *país* y *nación* de forma genérica para aludir a los dos territorios, Italia y España, aunque el primero no fuera en ese momento más que un conglomerado de entidades políticas desvinculadas unas de otras.

nación», con lo cual el propio Galiano está ya reconociendo la existencia de una nación italiana, al menos en lo cultural. Una nación cultural cuyo «maestro por excelencia» era Dante, de cuya sombra se habían alejado sus compatriotas. No propone una imitación del poeta florentino por la misma razón que rechazará toda imitación mecánica de autores del pasado o de autores extranjeros: el olvido del contexto presente en el que se está escribiendo o desarrollando cualquier actividad intelectual. Se remite Galiano a Villemain en sus comentarios sobre Rousseau cuando define la imitación como «un estudio de dicción y de estilo hecho en modelos de nuestra lengua» que «no produce, sea el que fuere el arte del escritor más que perfección aparente» (Alcalá Galiano, 1844a: 461).¹⁶ No se trata de rechazar la imitación como tal pues, en cierto modo, es natural buscar ejemplos en otros y en intentar reproducir formas estéticas que se admiran o pensamientos profundos. Sin embargo, la imitación sin recreación, sin reinterpretación y sin fusión no solo con el gusto presente y «castizo», sino con el propio estilo, el estilo personal, solo produce composiciones frías que nada dicen ni a la inteligencia ni a la emoción de las personas. Una de las pruebas de fuego más importantes al respecto de la imitación en los procesos de transferencia cultural son las traducciones, con el flexible sentido que tal término tenía en esta época.

Se deduce de lo escrito por Alcalá Galiano que la traducción constituye un elemento de primera importancia en la evolución de la cultura porque permite conocer no solo lo que se escribe en otras lenguas coetáneas, sino también leer, a la luz de la realidad contemporánea, problemáticas planteadas por los autores de la Antigüedad greco-latina. La traducción nunca puede ser imitación mecánica o traslación simplista de un texto escrito en otra lengua. El resultado debe ser siempre un producto del tiempo presente. Es más, la traducción es, en cierto modo, recreación y apropiación de un contenido foráneo, dándole nueva vida, pues «que aun para traducir es necesario cierto calor que sienta con viveza lo que hay en el original, y sepa trasla-

16 Las palabras textuales de Villemain son: «Mais quand l'imitation est un étude de langue et de style sur des modèles indigènes, elle ne produit, quel que soit l'art de l'écrivain, qu'une perfection apparente. C'est le caractère de Rousseau, dans ses plus beaux ouvrages. On y reconnaît le disciple exactement fidèle, et partant inférieur de Racine et de Boileau» (Villemain, 1841, I: 35).

darlo con brío». La traducción requiere el dominio de la lengua de origen y de la lengua de recepción, pero también el conocimiento profundo de los mecanismos conceptuales y fonéticos de los idiomas (Alcalá Galiano, 1844a: 254). Así lo explica al comentar la traducción que el poeta inglés Alexander Pope hizo de los versos de Homero, con las limitaciones que señala; o la traducción de Tomás de Iriarte del *Arte poética* de Horacio, cuyo resultado, perfecto en su aspecto técnico (formalmente hablando), no acierta a responder a los méritos del texto horaciano, pues carece «enteramente de la poesía fácil y deliciosa del original». En este sentido, dirá Galiano que hay dos formas de afrontar una traducción: «como expresión ajustada al original, del cual dé [la traducción] en toda su integridad los pensamientos y las frases, o como obra escrita cual es de presumir que la habría escrito el autor en la lengua a que el intérprete la traspasa» (Alcalá Galiano, 1844a: 244). Como se decía antes, no era lo habitual en la época en la que se impartían estas lecciones en el Ateneo de Madrid, ni tampoco en los siglos anteriores, que las traducciones se ajustasen al esquema aquí planteado. Lo más frecuente era la adaptación o refundición, es decir, tomar aquellos motivos y personajes de un original extranjero que se ajustasen a los moldes culturales de la nación de recepción para escribir un texto que muchas veces tenía poco que ver con el manuscrito inicial. Esto era muy frecuente en el teatro por razones que tenían más que ver con el potencial éxito de la producción que con la obsesión por la calidad de la traducción.¹⁷ En cualquier caso, parece desprenderse de los comentarios de Alcalá Galiano sobre la traducción, resulta realmente complicado trasladar la grandeza de una composición o de una idea a una lengua distinta de la que sirvió de base para su formulación. La clave se halla en la dificultad para captar el significado profundo de las palabras, que son productos culturales e históricos únicos y no meras cadenas de sonidos. De ahí su negativa a estudiar la literatura alemana en estas lecciones, pues sin poder leerla en su propio medio de expresión, perdería los matices necesarios para entender tanto la producción escrita en esa lengua como el espíritu del pueblo que la ha creado.¹⁸

17 Un análisis de las reflexiones sobre la traducción en este periodo en Lafarga, 1999.

18 Eso no significa que no la conociera, aunque traducida, incluso que la considerase fundamental para el desarrollo del movimiento romántico, como escribió en su «Prólogo» a *El moro expósito*, de Ángel Saavedra (Alcalá Galiano, 1834a).

Aplicando estas ideas al idioma italiano, Alcalá hace hincapié en las diferencias de la lengua en función de los territorios, achacando la falta de pureza del italiano del siglo XVIII tanto a la división política de la Península como a la fuerte influencia de la cultura francesa, muestra de la decadencia cultural italiana. En este sentido, en las lecciones presta atención a cómo se fue modificando el italiano a lo largo del siglo, teniendo como modelo a Dante, escritor referencial, pero a quien sería anacrónico imitar. Recoge, además, las percepciones de los hombres de letras europeos del siglo ilustrado acerca de la lengua italiana como lengua afeminada, reflejando así, a través de la metáfora del género, la debilidad política del territorio. El italiano, que había sido una lengua varonil en Dante y en Tasso, se había convertido en una lengua desviada del «gusto natural y antiguo de su nación», afeminándose (Alcalá Galiano, 1844a: 218). Esta idea del afeminamiento del italiano, no compartida por Galiano, se hallaba estrechamente ligada a la naturaleza sonora y musical del idioma —como nuestro conferenciante percibe en la obra de Metastasio—, que se halla entre la literatura y la música. Galiano no compartía en absoluto las críticas de Villemain al libretista y poeta romano, aunque sí notaba un cambio significativo en el uso del idioma con el fuerte impulso a las ideas nacionales a finales del siglo XVIII de la mano de poetas como Vittorio Alfieri (a pesar de la rudeza con la que utiliza la lengua italiana) (Alcalá Galiano, 1844a: 223).¹⁹ Alfieri, dice Alcalá, fue «la señal, no la causa» del giro que dio Italia al liberarse de la tutela cultural francesa, camino continuado por Ugo Foscolo, entre otros.

Genios y «respetables medianías»

En el análisis cultural e histórico que realiza Alcalá Galiano de la literatura europea del siglo XVIII comparan también unas interesantes observaciones acerca del papel de los escritores y filósofos en lo que, también modernamente, llamaríamos *campo literario*. Los autores, en tanto que agentes en ese espacio virtual de la creación intelectual, simbolizan tradiciones nacionales, pero también encarnan valores universales. En este sen-

19 Villemain, en realidad, no acusa a Metastasio de afeminamiento en la lengua italiana, sino de ser un imitador de Racine al trasladar «le génie de Racine» a «une langue plus harmonieuse» (Villemain, 1841, I: 9).

tido, en las conferencias del Ateneo se juega con la doble dinámica de lo concreto y lo general, lo circunstancial y lo atemporal. Autores como los ya comentados Alfieri o Burns representan un momento específico de las literaturas nacionales de sus países, encarnan una época de cambio. Su influencia es transitoria. Constituyen un peldaño más en la evolución de las culturas nacionales. Personifican a esas culturas nacionales en un momento de su desarrollo, por lo que, según los casos, encuentran un público que reconozca su valor o, al menos, comprenda su obra. Puede decirse que estos escritores del XVIII, en buena medida, son coyuntura, como fueron Castiglione, Ariosto, Rabelais o Montaigne en el siglo XVI. Eso, a los ojos de Alcalá Galiano, no les resta valor, sino que permite estudiarlos en su entorno para conocer una época, ya que son expresión de ella. Por otro lado, existen los «ingenios de primera clase», los que «usando una palabra del idioma moderno llamamos genios», frente a lo que los ingleses llaman *wits* y los franceses *beaux esprits*, es decir, escritores y ensayistas de agudo ingenio, producto de una época (Alcalá Galiano, 1844a: 99). Nos lo explica con una comparación muy ilustrativa entre un autor a quien considera un escritor mediano de una época poco brillante de la cultura española, Moratín (Leandro), con un escritor al que el propio Moratín imitó repetidas veces y a quien Galiano considera un genio: Molière. Y así dirá: «Moratín traducido es poco más que nada. Moratín aun leído en su original o visto representar no pasa de ser un poeta mediano en el juicio de lectores u oyentes no españoles. Molière es poeta de todos los pueblos, y lo será como lo ha sido y sigue siendo de todas las edades» (Alcalá Galiano, 1844a: 449).

No utiliza Galiano la palabra *clásico* para referirse a los grandes autores, pero sí explica su carácter universal por su capacidad para desvelar la naturaleza humana en sus afectos, sus pasiones y sus ambiciones. Así, al comentar a Shakespeare en relación con los demás autores ingleses, destacará de él «la riqueza de imaginación y agudeza de ingenio del poeta inglés, al cual, si bien de escasa instrucción, parece que había revelado sus arcanos respecto al hombre la naturaleza» (Alcalá Galiano, 1844a: 74). Algo parecido dirá de Dante: «Dante, señores, es uno de los primeros poetas del mundo en todas las naciones y todas las edades». Cervantes entrará también en este parnaso transnacional cuando afirme que «solo puedo comparar a Shakespeare con Cervantes» por su capacidad para crear «caracteres verdaderos». En definitiva, en sus conferencias del Ateneo Galiano no nacionaliza a los grandes genios de las letras europeas, sino que los universa-

liza.²⁰ Reconoce que, evidentemente, utilizan una lengua concreta y se sirven de un contexto para ambientar sus relatos, pero hablan del alma humana que no es algo particular de ninguna nación y, por tanto, sus obras pueden ser entendidas por todas las personas en todas las épocas. Señala, curiosamente, el parcial olvido en que han vivido algunos de ellos en el siglo XVIII, época de imitación del clasicismo francés, en el que ciertas manifestaciones de la naturaleza humana se consideraban excesivas o faltas de gusto. Esto fue especialmente evidente en el caso de Shakespeare, «cuya gloria», como dice Alcalá, «no ha relucido hasta estos últimos tiempos»; o en el caso de Cervantes, cuya obra ha tenido que ser redescubierta para los españoles por eruditos extranjeros.²¹

De aquí nace otra interesante pista para el análisis de la historia literaria que nos ofrece Galiano en sus lecciones: la variabilidad en el gusto y, por tanto, el carácter circunstancial del éxito. Hace referencia, en este sentido, a grandes nombres que han sido desdeñados en una época concreta, como acabamos de ver, pero también autores adelantados a su tiempo, incomprendidos en su momento histórico, pero cuya influencia se ha manifestado posteriormente. Tal vez el que más interese a Galiano sea Giambattista Vico, filósofo al que también dedicó especial atención en otros escritos. Poco influyente en su época por la fuerza del cartesianismo, dirá nuestro conferenciante, su pensamiento acerca de la historia —plasmado en la *Scienza nuova*— se ha trasladado a pensadores e historiadores posteriores. Incluso a él mismo, pues el sentido casi biológico que Galiano atribuye a las escuelas literarias y de pensamiento procede, según confesión propia, entre otras influencias, de Vico.²²

20 En este sentido, su obra difiere de una tendencia muy generalizada en su tiempo a ver en los escritores más representativos de cada país la expresión máxima de sus peculiaridades nacionales, lo que condujo a la aparición de figuras y celebridades públicas como el «poeta nacional» (Leersen y Rigney, 2014).

21 «La inmortal producción de Cervantes yacía poco menos que olvidada, pues si bien vivía constante su fama, era como de obra destinada al entretenimiento del vulgo, y mientras los extranjeros, apreciando con más justicia en superior grado su mérito, sobre traducirla y celebrarla, habían llegado a publicarla en su nativo idioma castellano» (Alcalá Galiano, 1844a: 251). Los comentarios de Alcalá sobre Shakespeare en esta *Historia de la literatura* han sido extractados en Pujante y Campillo, 2007: 176-178.

22 Achaca Galiano al «pesado estilo» de Vico la postergación del éxito de su obra (Alcalá Galiano, 1862). Véase a este respecto Sánchez, 2000.

Al lado de los grandes nombres, tanto de los intemporales como de los escritores y filósofos más significados del siglo XVIII, se sitúan lo que Galiano denomina «respetables medianías». Se trata de autores de segunda fila con los que utiliza un distinto sistema de análisis. Si los grandes autores son estudiados en todas sus manifestaciones escritas para verificar que, efectivamente, superan la mediocridad en todos los géneros (aunque no en todos sean superiores), para los autores secundarios utiliza un método diferente. Le interesa aquí proyectar la categoría «género» (literariamente hablando) y estudiar, a partir de ella, la actividad de los literatos y pensadores de cada uno de los cuatro contextos culturales para tratar de dilucidar dónde brilló más cada uno de ellos. En cualquier caso, la relación que se establece entre los grandes autores de una época y de un contexto y las «respetables medianías» constituye la clave para entender tanto la hegemonía cultural de algunas potencias como la situación de los países dependientes en materia intelectual. Cuando esta relación es favorable al número de grandes autores, el país se convierte en irradiador de cultura, como le sucedió a Francia en el siglo XVIII, alcanzando gran influencia incluso autores mediocres cuyos errores o faltas quedaron opacados. Cuando esta relación es desfavorable, sucede todo lo contrario. Sin embargo, constata Galiano, suele producirse un fenómeno curioso en los países rezagados que consiste en la sobrevaloración de los pensadores secundarios como reacción patriótica ante la imposibilidad de oponer grandes nombres a los que se proyectan con fuerza desde fuera: «Los pueblos que en alguna época o en todas las de su historia tienen pocos nombres ilustres que citar, por fuerza recurren a traer a cuento las medianías y ponderarlas como cosas de grande eminencia y gloria, porque, o no conocen su pobreza, lo cual es muy común, por la ceguera que infunde el amor a la patria, o conociéndola no quieren confesarla, por impedirse un disculpable orgullo la valoración que de la calidad literaria se hace» (Alcalá Galiano, 1844a: 438).

Género literario y sociedad

Unas líneas más arriba se mencionaba la cuestión de los géneros, sobre la que Alcalá Galiano plantea algunas reflexiones interesantes. También aquí su enfoque es contextualista y comparativo, pues establece una relación directa entre el género literario que estudia y las condiciones sociales e intelectuales del contexto en el que lo estudia. En su análisis entran en juego

planteamientos acerca de las características lingüísticas de cada país, los cambios en los gustos y preocupaciones intelectuales o la evolución política e histórica de las sociedades para que un determinado género se manifieste de unas formas o de otras o, incluso, alcance un gran desarrollo o quede abandonado. En buena medida, la conclusión que puede extraerse de sus observaciones es que el género predominante en cada periodo evidencia también el talante social de esa época. Las reflexiones de Galiano al respecto se proyectan con claridad en el análisis que lleva a cabo de la oratoria. Es conocido que Alcalá Galiano fue uno de los grandes oradores de su tiempo (Díaz y Cárdenas, 1841, II: 45; Alas, 1886, II: 477), por lo que resulta lógico que prestara atención a un género que a menudo queda olvidado en las historias de la literatura. De forma transversal a lo largo del curso, el conferenciante va mostrando las distintas encarnaciones del género oratorio en función de su uso social, y así distinguirá entre la oratoria del mundo grecolatino, para pasar después por la oratoria sagrada en los países católicos (decaída en el XVIII), la oratoria judicial y forense y la oratoria parlamentaria en Inglaterra, base de la oratoria política porque «hasta fines del siglo solo allí había lugar en que [los oradores] pudiesen ejercitar sus fuerzas». Sin embargo, el nacimiento de la oratoria política moderna hay que buscarlo en la Revolución francesa. El siglo XVIII habría dotado a la política francesa de un carácter filosófico que impregnó a la elocuencia revolucionaria de abstracción y radicalismo. La fuerza de la oratoria como vehículo de comunicación de ideas llegó a alcanzar tanto poder en la Francia revolucionaria que los demás géneros quedaron oscurecidos: «Calló la crítica por no tener en qué ocuparse, y por el temor de que los censurados hubiesen de volverse verdugos, de lo cual no faltaron ejemplos. Calló la historia porque la grandeza de los acontecimientos presentes y cuestiones pendientes no permitía pensar en los tiempos pasados. Cesó en fin todo lo que no fuese atender a la suerte del Estado, y cada uno a la suya personal puestas en continuo peligro» (Alcalá Galiano, 1844a: 419). Como reacción, y durante el periodo restaurador, se desarrolló otra forma de oratoria política, que Galiano encarna en Benjamin Constant y en Chateaubriand y que responde a una época de reconstrucción espiritual, social y política en la que Europa volvió sobre sí misma tras la conmoción histórica que acababa de vivir.

Sin embargo, pasados los tiempos de agitación política, el público se fue aproximando a otro tipo de géneros que se ajustaban mejor al estado de la moderna sociedad posrevolucionaria. Ese género era la novela, descriptora de

la vida y los sentimientos de la gente común. No se trataba de un género desconocido, pero sí de una forma de expresión que alcanzó en el siglo XVIII una formulación nueva que comenzó con la novela filosófica y pedagógica francesa y terminó con la novela sentimental inglesa, para dar paso en el XIX a un género híbrido, producto de una época cambiante. El párrafo que sigue resulta interesante porque en él Galiano nos da pistas del bajo concepto que, en la categoría de los géneros, gozaba aún la novela y, a la vez, nos muestra cómo se estaba convirtiendo en el género hegemónico de su época:

En el siglo XVIII fue cultivada con sumo esmero aquella clase de producciones, que si no han llegado a su apogeo, se han mantenido a grande altura durante el siglo XIX; aquella clase de literatura que no deja de ser de sumo empeño, porque entretiene acrecido número de lectores; que ha venido a ser el vehículo de todas las ideas, poema épico de nuestro tiempo, sin que pretenda compararle con las grandes producciones de la epopeya de la antigüedad, o de Italia e Inglaterra, y que es uno de los principales conductos por donde se comunican al mundo las ideas y los afectos en que ejerce su jurisdicción la literatura. Ya se entiende que hablo de la novela, nombre que hará a muchos sonreír, considerando cuán poca cosa es, y en cuánto desprecio estaba antes tenida; pero todos conocerán que la novela es una de las producciones del ingenio humano, en el cual, si bien abunda la medianía, y la medianía es nada, hay también obras de mérito sobresaliente, una composición que en nuestros tiempos ejerce considerable influjo en un crecidísimo número de lectores, y la cual dio de sí muy sazonados frutos corriendo el siglo XVIII. (Alcalá Galiano, 1844a: 186)²³

La literatura española en el siglo XVIII: imitación y dependencia

Aplicando su método de análisis, Alcalá Galiano se acerca a la realidad española considerando la importancia que las características históricas e, incluso, físicas del país tuvieron en la «formación del pensamiento»,²⁴

23 Un análisis más detenido de las ideas de Alcalá Galiano sobre la novela en el siglo XIX en García Barrón, 1970: 168-188.

24 Explica su referencia a las teorías que unen la producción cultural con las condiciones naturales de la siguiente forma: «... si bien mis ideas no van tan allá como las de Montesquieu, cuando quiso encontrar en el clima la razón de la legislación, es indudable que el clima ejerce sumo influjo en la formación del pensamiento» (Alcalá Galiano, 1844a: 18).

haciendo notar la carencia de espíritu crítico en el país a lo largo de los siglos modernos. Entre las causas de ello destacan dos especialmente significativas: la Inquisición y el despotismo, con su capacidad para condicionar el desarrollo intelectual del país, enseñando «a los españoles a no pensar más que de un modo» (Alcalá Galiano, 1844a: 19).²⁵ De ahí, dice Galiano, que un pueblo tan dado a la imaginación derivase sus energías hacia formas expresivas meramente formales, como el culteranismo, que no dieron paso a desarrollos culturales de más calado. España entrará en el siglo XVIII, por tanto, lastrada por esas limitaciones. Alaba Galiano la política de Felipe V, que trató de promover las artes y las letras, fomentando además la creación de un entramado institucional para la cultura a cuya cabeza se hallaban las academias. Sin embargo, apuntó en sus conferencias, con los Borbones entrará en España el afrancesamiento y, aunque el siglo XVIII será un siglo de regeneración, la situación del país se encontraba mediatizada por su condición de potencia decadente en la escena internacional. Los dos mecanismos principales de trasvase cultural que mencionábamos antes, la traducción y la imitación, no dieron como resultado producciones innovadoras y originales. Dirá Galiano:

Nuestra literatura del siglo XVIII era esencialmente imitadora, e imitadora de mala especie, no imitadora como lo había sido en el siglo XVI de la literatura latina y de la italiana, sino de la literatura francesa, y tampoco de la literatura francesa del día, sino de la literatura del siglo de Luis XIV [...] tenían nuestras obras todos los inconvenientes de la imitación, y pocas o ninguna de las verdaderas bellezas de los modelos que trataban de copiar los autores. (Alcalá Galiano, 1844a: 121)

Es el idioma donde con más claridad se manifestó esta imitación errónea de lo francés, forzando el espíritu de la lengua propia y «despojando el estilo de lo que tenía de espontáneo y español castizo». También se evidenció esta distorsión en aquellos que, reaccionando contra el afrancesamiento, trataban de imitar el castellano de los tiempos áureos, sin adaptarlo a las ideas y formas de pensamiento del siglo XVIII (un ejemplo en Alcalá Galiano,

25 Por esta razón realiza Alcalá Galiano una valoración positiva de la obra del padre Feijoo, pues el intelectual gallego «introdujo en un país donde solo se conocía la autoridad, la duda, la duda, señores, contra la cual se ha clamado mucho pero en vano, porque del dudar nace el saber» (Alcalá Galiano, 1844a: 35).

1844a: 262-263). Son muy interesantes, al respecto de esta cuestión, sus comentarios sobre Antonio Capmany y su *Teatro histórico crítico de la elocuencia española* (1786), obra en la que el ensayista catalán seleccionó fragmentos de los autores más destacados de siglos pasados para que sus afrancesados contemporáneos conocieran la verdadera esencia del idioma castellano. La cuestión del idioma le preocupó sinceramente durante toda su vida. Para él, la clave lingüística de la dualidad entre hegemonía y subordinación cultural no estaba en la introducción de vocablos extranjeros en la lengua de la cultura secundaria, sino en la penetración de la sintaxis de la lengua foránea en la nacional, desvirtuando así su índole y naturaleza originaria. Por otra parte, en las lecciones del Ateneo expuso su idea de que el registro más ajustado a la naturaleza concreta del idioma debía ser el utilizado por la clase media, pues en ella «se encuentra el verdadero carácter de cada pueblo» (Alcalá Galiano, 1844a: 392). En su opinión, las producciones del intelecto debían huir tanto de los registros vulgares como de las expresiones recargadas. En el caso español, insistió en que la verdadera esencia de la lengua castellana se hallaba en su herencia latina, manifestada en la sobriedad y medida de los escritores clásicos (castizos). En este sentido, rechazó el «wild, romantic, imaginative style of writing» que los extranjeros creían ver en la literatura española, pues para él constituía un resto de la influencia árabe que no era en absoluto definitorio de la cultura nacional. Se desprende de sus escritos la idea de que los extranjeros no habían sido capaces de entender la pluralidad del crisol cultural español, ajustándose a ideas preconcebidas (Alcalá Galiano, 1828: 17 y ss.).²⁶

Al describir el XVIII en España, no duda Alcalá Galiano en introducir los debates que sacudieron el panorama intelectual de la época, entre ellos la muy conocida polémica lanzada por Masson de Morvilliers *¿Qué se debe a España?* (1782). Analiza el conferenciante cómo repercutieron esos debates entre la intelectualidad española y cómo, en el reinado de Carlos IV, es posible detectar ya autores de mayor peso, entre los que destaca a Jovellanos y a Meléndez Valdés. En ellos encontraba, particularmente en el primero, el

26 Sismondi también restó importancia al legado árabe en la lengua española (Sismondi, 1813, III: 104), aunque fue criticado por dar la misma importancia a las lenguas germánicas habladas por los visigodos que al latín en la formación de la lengua castellana. Sobre la imagen tópica de España, Andreu Miralles, 2016.

motor que impulsó la cultura española en un sentido más auténtico y creativo. De hecho, y según dejó escrito, con ellos tuvo «principio la moderna prosa y poesía castellana» (Alcalá Galiano, 1844a: 247). Ambos son, en las lecciones, un ejemplo más de autores cuya repercusión fue posterior a la de su época de madurez como escritores. Especial interés le produce el autor gijonés, en el cual se proyecta otro de los focos de interés de Galiano: la conexión entre carácter, obra y vida.²⁷ La atención que prestó a Jovellanos se remontaba a décadas anteriores y, en especial, a su actividad política en los inicios de la guerra de la Independencia. En sus escritos del exilio en Reino Unido, Alcalá Galiano hizo referencia a él en varias ocasiones y, a pesar de su mirada aparentemente objetiva, es evidente que Jovellanos le interesaba más como intelectual y político que como literato.²⁸

En cualquier caso, la producción cultural española que arrancará de estos escritores y ensayistas ya se hallaba, en el siglo XIX, lo suficientemente madura como para independizarse del lastre de la influencia francesa, a pesar de la inercia de algunos autores, instalados en las reglas del clasicismo francés.²⁹ En los trabajos que Galiano fue publicando desde su exilio en 1823 y a lo largo del resto de su vida hizo un denodado esfuerzo por romper los tópicos construidos alrededor de la imagen orientalista del país y su cultura, a la que trató de insertar en el movimiento intelectual de la Europa de su tiempo.³⁰

27 «Concurría en este autor el respeto que inspiraba su carácter a dar realce a sus obras, siendo él además de aquellas personas en quienes hay más conexión entre el carácter personal y el de la composición de sus escritos» (Alcalá Galiano, 1844a: 377).

28 El más encomiástico de sus trabajos sobre el escritor asturiano fue el publicado en la *Foreign Quarterly Review*, entre 1829 y 1830. En esa ocasión, Alcalá escribía para un público, el británico, para el cual Jovellanos constituía, desde su muerte en 1811, una figura de referencia, tanto por su amistad con otros intelectuales ingleses (lord Holland, sobre todo), como por sus alabanzas al sistema político de este país. Volvió a escribir sobre él en España (Alcalá Galiano, 1838).

29 En las lecciones, Alcalá Galiano se limitó a hacer constar un hecho que había criticado con dureza en su «Prólogo» a *El moro expósito*, donde llegó a dar los nombres de los responsables del mantenimiento de las reglas del clasicismo francés en plena época romántica: Moratín y Martínez de la Rosa (Alcalá Galiano, 1834a: 25).

30 Además de los textos ya citados, hay que hacer mención a los artículos que publicó en 1834, bajo el título genérico «The Literature of the Nineteenth Century. Spain», para la revista *The Athenaeum* (Alcalá Galiano, 1834b). Estos artículos fueron traducidos por Vicente Lloréns (Alcalá Galiano, 1969). Véase al respecto: Perojo Arronte, 2010.

En estas páginas, y con el objeto de centrarse en el objetivo planteado al inicio, se han dejado de lado cuestiones de gran interés, como el diálogo de Alcalá Galiano con el pensamiento de Rousseau o la omnipresencia de Voltaire («el hombre principal del siglo») en las lecciones, que merecerían una atención detenida. En cualquier caso, y como espero haber podido mostrar, las lecciones de Alcalá Galiano en el Ateneo de Madrid constituyen un ejercicio de análisis cultural de amplio alcance en el que el crítico gaditano, además de apelar a un concepto lato de lo que es la literatura, se sirvió de una moderna metodología de estudio para aplicarla al mundo de la cultura. De ahí su interés por la traducción, la evolución del idioma, la hegemonía y la subordinación cultural y la sociología del mundo literario. Además, sus lecciones constituyen una fase en la continuada reflexión que sobre la literatura como expresión de la naturaleza e idiosincrasia de los pueblos desarrolló a lo largo de toda su vida. Entendió el concepto de lo «nacional» en un sentido más cultural y antropológico que político en tanto que, para él, lo natural, lo castizo y lo popular constituían la verdadera esencia nacional de cada entorno cultural, su verdadero «clasicismo». Por otra parte, proyectado todo ello sobre el Siglo de las Luces, sus lecciones son un interesante análisis del periodo en el que se gestó el ambiente revolucionario, especialmente en Francia. Galiano, que nació el año de la toma de la Bastilla, fue un hijo de esa época, pues perteneció a la generación que, descreída ya de los proyectos liberadores de la Revolución, contemplaba el siglo XVIII con interés, pero también con recelo. Lo consideró, como se ha dicho al inicio de este capítulo, como una de las más importantes épocas de la historia humana y confiaba en que las gentes de su tiempo contribuirían a construir, sobre los restos de la revolución, un nuevo mundo. Con sus propias palabras: «El siglo XVIII destruyó mucho, fundó poco, aunque algo, varió casi todo. Al XIX está reservado el carácter de reedificador y de clasificador de las mudanzas hechas en el antecedente» (Alcalá Galiano, 1844a: 466-467).

Bibliografía

- ALAS, Leopoldo (1886), «Alcalá Galiano. El periodo constitucional de 1820 a 1823. Causas de la caída del sistema constitucional. La emigración española hasta 1833», *La España del siglo XIX*, Madrid, Librería de Antonio San Martín, vol. II, pp. 471-520.

- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1828), *An Introductory Lecture Delivered in the University of London on Saturday, November 15, 1828*, Londres, John Taylor.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1829-1830), «Jovellanos», *Foreign Quarterly Review*, 5, pp. 547-568.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1834a), «Prólogo» a *El moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo décimo: leyenda en doce romances*, París, Librería Hispano-Americana, vol. I, pp. IX-XXXI.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1834b), «The Literature of the Nineteenth Century. Spain», *The Athenaeum. London Literary and Critical Journal*, 338, 19-4-1834, pp. 290-295; 340, 3-5-1834, pp. 329-333; 342, 17-5-1834, pp. 370-374; 344, 22-5-1834, pp. 411-414; y 346, 14-6-1834, pp. 450-454.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1838), «Jovellanos», *Revista de Madrid*, II, pp. 301-342.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1844a), *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el s. XVIII*, Madrid, Imp. de la Sociedad Literaria y Tipográfica.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1844b), «Observaciones a la introducción y notas del señor Depping», en Georges Bernard Depping, *Romancero castellano o colección de antiguos romances populares de los españoles*, Leipzig, F. A. Brockhaus, vol. I, pp. LXVIII-LXXXIII.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1844c), «Del estado de las doctrinas críticas en España en lo relativo a la composición poética», *Revista Científica y Literaria*, pp. 240-255.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1861), *Que el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras, lejos de contribuir al deterioro de la propia sirve para conocerla y manejarla con más acierto*, Madrid, Imprenta Nacional.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1862), «De la historia y del modo de escribirla», *La América*, VI (24-7-1862).
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1865), *Apuntes para la biografía escritos por él mismo*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y Ciegos.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1878), *Recuerdos de un anciano*, Madrid, Imprenta a cargo de V. Saiz.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1955 [1886]), *Memorias de un anciano*, en *Obras escogidas*, Madrid, Atlas.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1969), *Literatura española del siglo XIX*, Vicente Lloréns (trad.), Madrid, Alianza.
- ANDREU MIRALLES, Xavier (2016), *El descubrimiento de España: mito romántico e identidad nacional*, Madrid, Taurus.
- AVLAMI, Chryssanthi, Jaime ALVAR y Mirella ROMERO RECIO (eds.) (2010), *Histoire de l'antiquité et transferts culturels: les histoires anciennes dans l'Europe des XVIII^e et XIX^e siècles*, Amsterdam, Rodopi.

- AYRES, Philip (2009), *Classical Culture and the Idea of Rome in Eighteenth-Century England*, Victoria, Monash University.
- BUSQUETS, Loreto (1997), «La literatura francesa del siglo XVIII vista por Alcalá Galiano», en Mercedes Boixareu y Roland Desné (dirs.), *Recepción de autores franceses de la época clásica en los siglos XVIII y XIX en España y en el extranjero*, Madrid, UNED, pp. 77-87.
- BUSQUETS, Loreto (2002), «El romanticismo clásico de Antonio Alcalá Galiano», *Studi Ispanici*, 5, pp. 117-137.
- BUSQUETS, Loreto (2020), «Alcalá Galiano: estética e historiografía literaria a la luz de las literaturas inglesa e italiana del siglo XVIII», *Cuadernos Jovellanistas*, 14, pp. 19-55.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (1884), «Discurso leído el 31 de enero de 1884 por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Ateneo», en *Discursos leídos en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid con motivo de la apertura del curso de 1884*, Madrid, Impr. central a cargo de V. Saiz.
- DÍAZ CORBELLE, Nicomedes Pastor, y Francisco de CÁRDENAS (1841), *Galería de Españoles célebres contemporáneos*, Madrid, Sanchiz, vol. II.
- ESPAGNE, Michel (2007), «Más allá del comparatismo. El método de las transferencias culturales», *Revista de Historiografía (RevHisto)*, 6, pp. 4-13.
- ESPAGNE, Michel (2013), «La notion de transfert culturel», *Revue Sciences / Lettres*, 1, DOI: 10.4000/rsl.219.
- GARCÍA BARRÓN, Carlos (1970), *La obra crítica y literaria de Alcalá Galiano*, Madrid, Gredos.
- GARCÍA DE QUEVEDO RAMA, M.^a Diana (2002), *La prefiguración de la Roma anti-gua en la ideología del romanticismo (1770-1848)*, Madrid, UCM.
- GARRORENA, Ángel (1974), *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal (1836-1847)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- GARRORENA, Ángel (1984), «Estudio preliminar», en Antonio Alcalá Galiano, *Lecciones de derecho político*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, pp. VIII-LIX.
- GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe (2005), «Precisiones terminológicas sobre la definición y el concepto de literatura en las preceptivas españolas del siglo XIX», *Siglo Diecinueve*, 10-11, pp. 137-163.
- GUNIA, Inke (2008), *De la poesía a la literatura: el cambio de los conceptos en la formación del campo literario español del siglo XVIII y principios del XIX*, Madrid / Fráncfort del Meno, Iberoamericana / Vervuert.
- HEREDIA CAMPOS, M.^a del Carmen (2001), «La cultura española y el regeneracionismo liberal. El discurso de Antonio Alcalá Galiano en la Universidad de

- Londres de 1828», *Espacio, Tiempo y Forma: Serie V, Historia Contemporánea*, 14, pp. 169-228.
- LAFARGA, Francisco (coord.) (1999), *La traducción en España (1750-1830): lengua, literatura, cultura*, Lérida, Universitat de Lleida.
- LEERSEN, Joep, y Ann RIGNEY (eds.) (2014), *Commemorating Writers in Nineteenth-Century Europe*, Londres, Palgrave Macmillan.
- PEROJO ARRONTE, M.^a Eugenia (2010), «Antonio Alcalá Galiano, Anglo-Hispanic Cultural Exchange, and the Idea of a Spanish “National” Literature», en Joselyn M. Almeida (coord.), *Romanticism and the Anglo-Hispanic imaginary*, Ámsterdam / Nueva York, Rodopi, pp. 213-232.
- PUJANTE ÁLVAREZ-CASTELLANOS, Ángel Luis, y Laura CAMPILLO ARNAIZ (2007), *Shakespeare en España: textos 1764-1916*, Granada / Murcia, Universidad de Granada y Universidad de Murcia, pp. 176-178.
- SÁNCHEZ, Raquel (1999), «La crítica literaria en el siglo XIX: Antonio Alcalá Galiano (1789-1865)», *Dicenda: Estudios de lengua y literatura españolas*, 17, pp. 231-249.
- SÁNCHEZ, Raquel (2000), «La historia del siglo XIX desde la perspectiva moderada: reflexiones de Antonio Alcalá Galiano sobre España», *Hispania*, 60, 204, pp. 289-314.
- SÁNCHEZ, Raquel (2005), *Alcalá Galiano y el liberalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- SEBOLD, Russell P. (1982), «Alcalá Galiano y la literatura dieciochesca: paradoja histórica y visión filosófica», en José Amor Vázquez y A. David Kossof (eds.), *Homenaje a Juan López Morillas*, Madrid, Castalia, pp. 383-404.
- SISMONDI, Jean Charles Leonard Simonde de (1813), *De la littérature du midi de l'Europe*, París, Treuttel et Würtz, vol. III.
- VILLEMMAIN, François (1841, 1829), *Cours de littérature française. Tableau de la littérature au XVIII^e siècle*, París, Didier Libraire-Éditeur.
- WERNER, Michael, y Bénédicte ZIMMERMANN (2003), «Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 1, pp. 7-36.

